209. *Los hijos del Cid*, por Eduardo Marquina.
210. *La vestal de Occidente*, por Jacinto Benavente.
211. *La gitanilla*, por Diego San José.
212. *El amor no se ríe*, por Felipe Sassone.
213. *Lady Godiva*, por M. Linares Rivas.
214. *Levanta, Magdalena*, por Carlos M. Baena.
215. *La Inmaculada de los Dolores*, por Jacinto Benavente.
216. *El castillo de los Ultrajes*, por P. Muñoz Seca.
217. *Un drama nuevo*, por Manuel Tamayo y Baus.
218. *Porque yo no te quiero*, por Fernando de la Milla.
219. *Pipiola*, por S. y J. Alvarez Quintero.
220. *Lo pasado, o concluído o guardado*, por M. Linares Rivas.
221. *La leona de Castilla*, por Francisco Villaespesa.
222. *Juan Sin Tierra*, por Marcelino Domingo.
223. *Los marqueses de Matute*, por Luis F. de Sevilla y Anselmo C. Carreño.
224. *Bodas cruzadas* (extraordinario: 1 pta.), por J. Benavente.
225. *Cuando florezcan los rosales*, por Eduardo Marquina.
226. *Los medios seres*, por Ramón Gómez de la Serna.
227. *Volpone o el zorro*, por Ben Jonson.
228. *La locura de amor*, por M. Tamayo y Baus.
229. *Nido de águilas*, por M. Linares Rivas.
230. *Pequeñeces*, por B. de Mora y J. de Salas.
231. *La Hermana San Sulpicio*, por Ernesto León.
232. *La carrajada*, por F. de Milla.
233. *Por ser con todos leal, ser para todos traidor*, por Jacinto Benavente.
234. *La felicidad de ayer*, por Juan José Llorente.
235. *La alcaldesa de Pastrana*, por Eduardo Marquina.
236. *Las vueltas que da el mundo*, por S. y J. Alvarez Quintero.
237. *Sombras de sueño*, por Miguel de Unamuno.
238. *La entretenida*, por Felipe Sassone.
239. *El buen demonio*, por M. Linares Rivas.
240. *Los que tenemos cincuenta años*, por E. Reoyo y J. Ramos Martín.
241. *Una muchacha de vanguardia*, por J. de Burgos y A. Custodio.
242. *La bola de nieve*, por M. Tamayo y Baus.
243. *Por los pecados del rey*, por Eduardo Marquina.
244. *Una señora*, por Jacinto Benavente.
245. *Roxana (La Cortesana)*, por A. Torres del Alamo y A. Asenjo.
246. *Los amos de Curtidores*, por Eusebio de Gorbea.
247. *La divina ficción*, por Luigi Chiarelli.
248. *La silla número trece*, por Bayard Veiller.
249. *El jockey*, por J. Conty y G. Vissant.
250. *El poema de los ojos*, por Salvador Rueda.
251. *Judá, Ben-Hur*, por E. Thuillier y J. L. de la Hera.
252. *El oro del diablo*, por L. Navarro y J. M. Pérez-Moris.
253. *Los príncipes caídos*, por Marcelino Domingo.
254. *La cizaña*, por Linares Rivas.
255. *El lobo*, por Joaquín Dicenta.
256. *Los amantes de Teruel*, por Juan E. Hartzenbusch.
257. *Aben-Humeya*, por Francisco Villaespesa.
258. *La Dolores*, por José Feliú Codina.
259. *Lo positivo*, por Manuel Tamayo y Baus.
260. *El trovador*, por A. García Gutiérrez.



NUEVA RICA

La Novela Sugestiva

NUEVA RICA

por

ANTONIO GUARDIOLA

Ilustraciones de
SEGURA

17

PRENSA MODERNA

Larra, 13 - Bajo Madrid. Apartado: 8.012

LA NOVELA
SUGESTIVA

DECLARA: que no pretende ser, ni siquiera parecer, una publicación pornográfica: que es, sí, alegre y desenfadada, frívola, galante, picaresca: nada más.

PRENSA MODERNA
IMPRENTA
LARRA, 13 MADRID



DELICIOSA vista, incomparable!—volvió a repetir Leonor, entornando los ojos, haciendo visera con el abaniso—. Así... ¿aquello es Bordighera?

—No; aquello es Vintimille... Vintimiglia, si hemos de hablar en correcto italiano. Bordighera es aquello otro...; allí, junto al cabo.

—¡Ah!

—Sí, mujer; no te fijas: *¡al cabo!*—bromeó Lara, haciendo reír a todo el mundo.

En seguida, Pólito volvió a poner en marcha lenta el automóvil. Un automóvil soberbio, de un lujo incomparable; un *Roll* que le había costado a su padre, una semana antes, ¡veintiséis mil duros; pero así!...

El coche, desde luego, se había llevado el primer premio en el concurso de autos de lujo celebrado el jueves en Niza.

Iban de excursión ahora, siguiendo la incomparable *Corniche,* recorriendo esta *Costa Azul,* llena de pueblecitos y playas de lujo, de *villas,* de *villinos* rientes, de palacios y de *palaces*. Pólito llevaba el coche lentamente, para que Leonor y su hija, por primera vez aquí, pudieran ir admirando el paisaje. Vivían todos en Montecarlo, a la sazón Leonor y Merceditas en su *villa* de la *Condamine,* con Enrique; Pólito y Lara, hospedados en el *Regina,* frente a la espléndida cuesta de Mónaco. Y esta mañana, en honor de las señoras, Enrique, «el buen ladrón», como le llamaban en Madrid (aunque también le decían «el primer maestro de obras del mundo»), había organizado esta excursión. Pólito estuvo pronto convencido. al saber que Merceditas, la lindísima rubia de *biscuit,* iba a formar en la partida.

Se deslizaba el coche ahora cuesta abajo, dejado atrás Menton, acercándose a la frontera de Italia. Los autos de turistas no tenían que cumplir ninguna formalidad para pasar de una nación a otra. Iban cruzando pueblecillos rientes—Mortola, Castellar, Saint-Agnés—y playitas de una belleza suave y dorada. El Mediterráneo, muy sereno, muy azul, muy tranquilo en la mañana tibia de junio, se rizaba dulcemente con una brisa que era como un regalo de los cielos, surcado aquí y allá por las velas latinas de las barcas o por tal cual estela de humo de un vaporcito lejano, empequeñecido por la distancia. A la izquierda del camino, los

Alpes elevaban su mole apocalíptica, de un color verdoso de bronce viejo, y donde los olivos y los limoneros ponían una nota de un verde más brillante. Otros pueblecitos más humildes se entreveían entre el follaje de los pinos, que escalaban las cimas como pelotones apretados de soldados. La Turbie, Agel, Conturs, nidos blancos, llenos de *villas* también, y que aun no conocían ni Leonor ni su hija. Y las admiraba a las dos, y llenaba de entusiasmo, sobre todo a Merceditas, la abundancia increíble de flores, que se veían por doquier —rosas y claveles, sillingas y jazmines, desbordando de los huertos y a través de los barrotes de las verjas; flores de las acacias y de los irmingos colgando de los árboles que bordeaban los caminos; flores de mil arbustos silvestres, romeros, sabinas y retamas, cubriendo la montaña en grandes manchones colorinescos, como los dibujos de un enorme tapiz moruno—. Y el aire, que era como un derramado perfume de jazmines, de limoneros, de laureles, de tomillo, de rosa, tenía una frescura, una finura como no recordaban jamás Leonor ni su hija haber encontrado en ningún otro paraje de la tierra, y olía tan pronto a mar y a marisco, a inmensidad, como a sierra y a resina de los pinares, y a roca tostada por el sol, y al heno que se iba quemando en las cañadas, y a mastranzo, y a río...

—¡Qué hermosura!—repitió Leonor, sonriendo

sinceramente embelesada por el paisaje incomparable.

—¿Verdad que sí?—repuso Enrique.

—¡Oh, inenarrable!... Y yo que me creía que como la *Cote Basque* no podía haber nada... o como las costas de Galicia.

—Pues ya lo ves. Y supongo que... estarás contenta—añadió Enrique en voz baja.

—¡Malo!...—bromeó ella, dándole un leve abanicazo, que hizo volver, empero, a los otros la cabeza.

—¡Merceditas está encantada!—dijo por su cuenta Larita.

—¡Oh, y claro que sí!... La verdad es que mamá cometía una infamia conmigo en no haberme traído antes por estos sitios tan bonitos. ¡No te lo perdono, mamá!

—Y no debes perdonármelo, hija mía. Pero ahora vamos a desquitarnos; aquí, hasta septiembre. Y el que quiera vernos... ¡que venga a la Costa Azul!

—Eso es—opuso Pólito—, ¿y van ustedes a tener corazón para perderse las corridas y las carreras de San Sebastián?... Yo no me lo creo. ¡Que no te divertiste el año pasado tú, Merceditas!

—Que lo digas, chico.

—¡A ver, hija mía, si no me empleas esos terminachos!... Ya sabes que no me gustan. Y son



Merceditas.

ustedes..., sois vosotros los que me la desmoralizáis.

—No, mamá; yo salí del colegio desmoralizada—repuso la muchacha, haciendo reír a los tres hombres.

—Muy bien dicho, chica. ¿O es que se cree usted, Leonor, que ahora las muchachas salen de las Adoratrices o del *Sacré Coeur* como en las novelas de Montepin, esperando al príncipe del caballo blanco y suspirando a la luz de la luna?...

—Ahora salimos bebiendo cerveza, boxeando y comiendo y jugando como lobos. ¡Igual que los muchachos!

—Y es claro.

—No digan ustedes...; que mi hija, aunque quiera alardear de ser un zagalón de esos que juegan al fútbol, es una criatura en el fondo... ¡Ah!, ¿qué es eso?...

Habían llegado a la frontera, y hubo que detener el coche para que los *carabinieri* examinaran un instante el permiso de tránsito, que había sacado días antes en *la Mairie* el elegante Pólito. Luego, el muchacho, que presumía y era, en efecto, un chofer excelente, lanzó el coche a gran velocidad. Todos callaban ahora. Quedaron atrás Vintimiglia, Rimiti y atravesaron Bordighera como una exhalación. Y a las doce estaban tomando el aperitivo en la terraza del Casino de San Remo.

El mismo ambiente de elegancia que acompañaba a los viajeros por todos estos pueblos, por todos estos sitios, se repetía en la lindísima playa italiana. Palmeras. Paseos dorados, atravesando jardines llenos de flores. Calles limpias, asfaltadas, deslizándose entre verjas también floridas, entre palacetes y *villinos*.

Una brisa, fina y fuerte, atravesaba constantemente todos estos pueblos. envolviéndolos en una caricia, saturándolos de perfumes. Y el mar, que surgía por todas las calles, por todos los caminos, se mirara el paisaje desde donde se mirara, ponía su nota azul, saludable y optimista, como en el centro del marco encantado.

Un criado correcto les iba sirviendo emparedados y *cock-tails*. Enrique pidió plebeyamente cerveza, haciendo sonreír a los otros. Un público elegante se movía alrededor, ocupando las mesas contiguas. Y bajo los toldos, entre macetones y palmeras y arbolillos enanos, llenos de faroles japoneses y de lazos, tocaba una orquesta.

Larita bromeó:

—¿Por qué no imitas a *miss Dolly*, Merceditas?

La muchacha miró a su madre con ojos traviesos y luego canturreó a media voz:

What are you waiting for...,
Whom are you looking for?...»

—No me gusta—interrumpió Enrique, haciendo que Larita y Pólito estallaran en sendas carcajadas.

—Y claro que no te gusta, hombre—comentó Pólito—. Tú quisieras que cantara en *caló,* y no en inglés...

«El verduguito apretó...,
papita sacó la lengua...,
mamita se impresionó...»

...¿eh?..., ¿no es eso?

—O que nos cantara *El Bernabé*—añadió Lara, ahogándose de risa.

—Pues también os lo canto—murmuró Mercedes a media voz—:

«Bernabé...,
Bernabé...,
¡quién te ha visto y quién te ve!...»

La madre, semisonriendo, intervino, defendiendo a Enrique:

—¡Vaya, niños, formalidad! Que no llamemos la atención..., que yo no sé lo que tenemos los españoles, que damos siempre *el golpe,* adonde vamos. ¡En París nos pasaba lo mismo! Y en Biarritz, igual.

—¿Lo que tenemos?... ¡La gracia gitana!—dijo Pólito.

—Tal vez sea eso—comentó, muy seria y con mucha gracia Leonor—; pero yo prefiero que no se nos note.

Todos rieron ahora francamente. No se podía

negar que esta mujer, esta hermosísima mujer de cuarenta años, y que aparentaba escasamente treinta y cinco; rubia, muy rubia; blanca, muy blanca; con unos ojos enormes, azules como el cielo y rasgados hasta las sienes; tenía, además, una inteligencia singular. Había salido de la nada, de la miseria, podía decirse, y hoy era rica, millonaria..., y se codeaba con aristócratas, con altos personajes, sin hacer un mal papel en ningún sitio, sino al contrario... Y había sabido educar a esta hija suya..., hija del único amor de su vida..., nacida poco menos que en la estrechez, en sus años locos de bohemia, cuando ella luchaba tan a brazo partido para elevarse, para elevarse..., hasta donde al fin había llegado, como una señorita. ¡Pobre Merceditas!... La madre la quería con frenesí..., y sólo pensaba en casarla bien, para que no tuviera que llevar la vida que ella llevaba, que ella había llevado...

—Bueno, aire, vámonos—animó Leonor luego, consultando su relojillo de pulsera—. Nos hemos de bañar, y, sobre todo, *la niña* no quiero que pierda ningún baño.

Una hora después estaban de nuevo en Montecarlo. Las dos mujeres y Enrique se quedaron en la *villa* de Leonor—«Villa Mercedes», por imposición de la hermosísima rubia—, mientras Pólito y Lara marchaban directamente a los baños de la *Condamine*. Se verían un cuarto de hora después.

Se cambiaron de traje Leonor y su hija, ayuda-

das por sendas doncellitas. Porque, ¡ah, sí!, vivían estas mujeres en medio de un gran lujo, rodeadas de comodidades como princesas. Dos criados, dos autos, chofer, dos doncellitas, cocinera... ¡Comodidad, bienestar, bienestar!... Leonor fruncía el ceño, apartando, con un movimiento de su abanico cualquier manifestación de miseria o de tacañería que pudiera haber en su vida, y que redundase en molestias, en desconfort... ¡Ah, no!... Ella había vendido muchas veces su espléndida belleza..., pero no para ser una *golfa* zarrapastrosa, como hay tantas, sino para vivir como una gran dama, para asegurarse la vida, la vejez, y asegurar a su hija un porvenir brillante, un mañana de oro...

Mercedes, dichosa, con el alma y los ojos y el corazón llenos de aquel Pólito que pronto iba a ser su marido, bajó al jardín, luego de ponerse un traje blanco, unos zapatos blancos también...

Y, mientras tanto, su madre y Enrique, a pretexto de examinar unos papeles de importancia en el despacho de la dama, cerraron por dentro la puerta de la estancia regia, que tenía un saloncillo anexo, donde había una magnífica *chaise longue,* y se abrazaron furiosamente... Leonor no quería a este hombre como ella se sentía adorada por él, ni mucho menos; pero ¡la verdad, *le gustaba!*... Era, como ella, corpulento, fuerte, sanote, guapo, a pesar de su rudeza, cada día más disimulada y refinada por su trato... Y, sobre todo... ¡era tan

espléndido!... Enrique le había regalado este hotel, la casa de Madrid, muchas y magníficas joyas, uno de los autos... y se daba la mujer a él con la doble satisfacción del placer físico y de la gratitud hacia el macho espléndido y generoso, que la había acabado de hacer rica..., aunque ya lo fuera ella antes...

El amor de esta mujer era una cosa que enloquecía...

Con su gran experiencia del amor y de la vida, Leonor se hacía para siempre y en seguida inolvidable a sus amantes... Se empezó a desnudar, con una rapidez que delataba la costumbre. Enrique mismo la ayudó a sacarse por la cabeza el traje de seda *argentée,* «de última», quedando entonces en un lindísimo refajo de seda tambien, de un discreto color heliotropo. La gloria de los pechos, firmes y fuertes, como flores del árbol del amor que era su cuerpo de diosa, asomó por encima del sostén, de color, como toda su ropa íntima, pues era moda este verano. Ella misma dejó caer el refajo a sus pies, quedando en una *deshabillée* que la daba un aspecto tremendamente sensual y tentador...

—¡Malo!—amenazó, sonriendo con una gracia de los cielos, a Enrique, cuyos ojos relucían como dos ascuas y que se iba también desnudando.

Conocía Leonor, había tenido siempre el tacto y el talento de conocer desde el primer encuentro las costumbres y los gustos de sus amantes..., y

no tenía que esforzarse ni hacerse violencia ninguna para mostrarse con ellos amable, dulce, complaciente hasta la saciedad. El amor no tenía secretos para ella. Era un temperamento esencialmente amoroso, que necesitaba los besos, las caricias, el contacto de un cuerpo masculino sobre el suyo cada día y cada noche, como el aire y la luz... Y se daba al placer, a todos los placeres amorosos con una alegría de animal fuerte y sano y optimista, y, a la vez, con todos los sublimados refinamientos de una gran duquesa viciosa...

—¡Ay, nena mía, ven!—gimió el hombre, ya casi desnudo, acercándose a Leonor—. ¡Déjame que te bese..., que acabe yo de desnudarte!...

—¡Anda, sí; cómeme, mátame, chiquillo!—concedió ella, entornando sus ojos más bellos que el cielo, irguiendo su busto de diosa y ofreciendo al hombre las pomas de sus senos de oro.

Lanzó un suspiro leve, y él la besó en plena boca, con un beso largo, sabio, en que los labios de Enrique saboreaban la pulpa de la carne furiosamente, hasta que se encontraron los dientes... Entonces Enrique enloqueció...

—¡Ay, tú!—gimió otra vez, rendido de belleza y de promesas de los cielos.

Le soltó el sostén, dejando al aire los pechos blancos, duros y dorados, y tiró de la faja para abajo, besando con sus manos las caderas y las pomposidades magníficas de la mujer incomparable... Era una faja pequeña, estrechita, de goma,

pues apenas necesitaban fajas ni sostenes su cintura y su torso de estatua griega; en seguida, él mismo le sacó la leve camisita por los hombros, mientras ella despedía a dulces puntapiés, sobre la alfombra, los pantalones, heliotropo también, como la camisa. Entonces levantó los brazos y sonrió, mostrándose como una aurora...

Sabía muy bien que Enrique gustaba de contemplarla así, casi completamente desnuda, unos segundos... No tenía más que las medias y los zapatos puestos. Y era tal y era tanta su belleza, que parecía irradiar luz, como un astro, y relucía y brillaba, toda blanca, lo mismo que una joya de maravillosa hermosura...

El hombre (¡ah, sí, lo comprendía Leonor!) había quedado unos instantes como deslumbrado de belleza, y no sabía sino sonreír, casi turbado, casi enloquecido, y repetir, en voz temblorosa y muda:

—¡Dios mío!... ¡Oh, Dios mío, qué hermosa, qué hermosa, qué hermosa eres!...

Y, como siempre, fué hacia ella, tembloroso y suplicante, estremecido de delicia y de dulzura.

La echó una mano por un hombro de mármol, y comenzó a darle besos en la gloria de uno de los pechos. Ella le dejaba hacer, contenta, satisfecha, dichosa, anhelante también de deseo. Enrique la llevó a menudos pasos hasta el sofá amplísimo, y la mujer se sentó.

El amante, todo encendido, comenzó a besar ahora el cuerpo de la maga inimitable... Un rosario de besos, dulces, breves, suaves, casi tranquilos, al principio... y que luego se iban haciendo suspirosos, más largos, fuertes, duros, impregnados de vibrante sensualidad... La mujer era como una enorme promesa, como un consentimiento perfumado y luminoso, una mujer semejante a aquella que dijo el poeta de Italia: «cargada de lujuria, como una flor de su polem...» Y sonreía también, dejándose acariciar por aquellas manos del hombre, que la recorrían, y cada uno de cuyos dedos era como una boca sabia y viscosa de una ventosa hambrienta... El rostro: allí la frente de nácar, de suaves tonalidades de canela, como el pelo; los ojos, que se entornaban bajo la lluvia de los besos, y sonreían también con sus largas pestañas; la nariz, recta, pura, aquilina, y las mejillas, adorables, y el mentón, de gracia aniñada, y la boca, ¡ah, sí!, aquella boca, sobre todo, tan dulce, tan cálida, tan perfumada, que parecía un cofre de carne, siempre lleno de besos...; después, el cuello de cisne, la garganta blanquísima, como si en ella hubiera nevado, y los hombros, anchos, amplios, redondos, dando nacimiento al torneado brazo, bajo el cual, entre semisombras enloquecedoras, surgían las estribaciones de los pechos, de una armonía y una belleza inimitables...

Enrique lo besaba todo, con lento regodeo, y su boca golosa se detuvo largo rato en las magnolias de los senos... ¡Ah, era éste otro de los fetiches de su sensualidad!... Los besaba por arriba, sosteniéndolos y acariciándolos con las manos, y luego en el fresón glorioso, gozando en ver cómo la mujer se encendía como una luz, y se doblaba, como el tallo de una flor que recibiera mil besos invisibles...; y luego bajaba, bajaba, seguía bajando y besando... el vientre, el talle, las caderas, todos los encantos de la diosa, que se moría, que se iba muriendo también... Las manos de ella, nardos o azucenas o rosas blancas, cuajadas de brillantes—iban besando también y acariciando el cuerpo del hombre, que gemía y deliraba... La boca de él besó luego muchas, muchas veces, en largos y lentos besos de monstruosa y grandiosa ternura... Una ternura que rezumaba de sus cuerpos, como rezuma el agua de una roca, cubriéndola de musgo: ellos estaban cubiertos de amor, y rezumaban amor por todas partes...

—¡Ay, ven!—pidió ella, caída de espaldas, al fin, y medio ahogándose.

... Y fué un abrazo bárbaro, enorme, bestial, que estremeció los cuerpos de los dos, aventados en un huracán de lujuria frenética... Besaban y abrazaban, hundía cada cual las uñas y los dedos en las carnes del otro, con una rabia terrible de po-

sesión, con frenética delicia... ; mordían, babeaban, pateaban y gemían..., y, al fin, como un canto de gloria, resonó en la estancia coquetona una larga y doble carcajada, la carcajada bondadosa y amable y llena de optimismo con que terminan siempre los abrazos terribles y llenos de alegría...

Y aun después, Enrique y Leonor se besaron y abrazaron hasta otras cuatro veces... Ella conocía muy bien todos los gustos de su amante, y se *le adelantaba,* cariñosa y solícita...

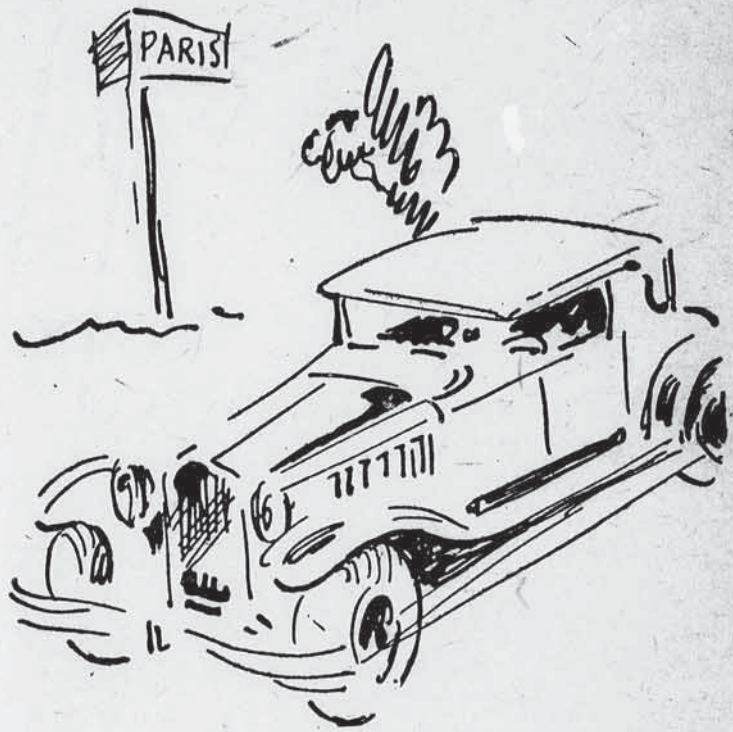
El canto triunfal duró casi una hora... Enrique suspiró luego, ebrio de triunfo, de dulzura, de vida...

Por los balcones del despacho veía, a través de los *stores* lujosísimos, las arboledas, el sol, el mar, el cielo..., y nunca le había parecido la vida tan hermosa, nunca se había sentido tan dichoso...

Comenzaron a vestirse.

Y, de vez en cuando, mientras charlaban en voz baja, se iban cambiando, al desgaire, besos tenues ahora, casi puros, como de hermanos ideales, que pudieran ser a la vez amantes sin pecado. ¡Oh, esta mujer!...

Estaban llenos los labios y toda la carne de Enrique de los besos de la diosa..., llenos sus sentidos y su alma de ella, llenos del eco de su voz sus oídos, y sus ojos no se cansaban nunca de



Se deslizaba el coche cuesta abajo.

mirarla. ¡Ay, qué hermosa era, qué hermosa era!... Parecía la juventud hecha mujer, la vida encarnada en ella para siempre, toda la feminidad y la gracia de la tierra, refugiadas en su cuerpo, en sus movimientos, en la luz de sus ojos... Daba la sensación de no haber nacido nunca, de no tener nunca que morir ni que envejecer..., y el amante sentía siempre, hasta cuando, como ahora, estaba saciado hasta lo increíble, hambre de sus besos y de sus caricias, añoranza del dulcísimo calor y del perfume de su pecho y de su regazo...

Enrique, tras el abrazo inmenso, la vió moverse por la estancia clara, mostrando los lujos opulentos de sus ropas interiores de gran cocota, las carnes blancas y rosadas, que tenían una suavidad de ceniza, el dorado de los trigos y, al mismo tiempo, un tono suavísimo y tenue de canela... ¡Ah, esta mujer!... Sabían a fresas los besos de sus labios, y dejaba al amante como ungido de belleza, de una belleza brava, inmensa como el mar o como el infinito, para muchos días, después de cada abrazo... Sus manos, finas y perfumadas, blancas y largas como nardos, relucían con las gemas de las joyas, lo mismo que sus orejas, donde tintíneaban las piedras con una música casi imperceptible de cristalillos rotos... Y todo en ella, la luz de sus ojos de miosotis, lo rubio de su pelo espléndido, la altivez de su pecho, su prestancia,

su gracia de Diosa pagana, la daba el aspecto de una reina.

Mercedes les recibió arreglando el *Kodak*, en un banco del jardín. Luego saltaron todos a un coche descubierto, que guiaba la misma Mercedes, y se marcharon a los baños.





OMO Enrique se marchaba al día siguiente de Montecarlo, en dirección a Madrid, donde llevaba a la sazón cuatro obras entre manos—por algo le llamaban sus *buenos* amigos «el primer maestro de obras del mundo»—, hubo esta noche una pequeña fiesta en el jardín de la «Villa Mercedes». No era ningún palacio fastuoso esto, ni mucho menos; pero era, sí, un lindo palacete, un hotelillo de muy buen tono, lleno de confort y de comodidades. Tenía tres pisos, contando, claro está, los sótanos, que cogían toda la casa, y era de un bello estilo francés modernizado. El jardín, bastante grande, le rodeaba por los cuatro lados y se unía luego a otros jardines contiguos. Y como la calle—la rue de Rome—caía un poco en cuesta, hacia el mar, desde las dos terrazas y desde los balcones y ventanas del palacete, se divisaba una

enorme extensión de Mediterráneo y, a la derecha, la mole férrea de los Alpes, hundiendo sus picachos en el azul profundo del cielo.

Mercedes, cogida del brazo de Pólito, se paseaba por una de las avenidas del parquecillo, sintiéndose dichosa como nunca. Se creía una princesita de leyenda, una de aquellas muchachas de la aristocracia de Madrid, ante las que todo el mundo se inclinaba, rindiéndolas pleitesía. ¿Qué tenían ellas—ella y su madre—menos que las marquesas auténticas?... ¡Tenían criados, casas propias, autos, un lujo fastuoso, rentas, viajes, placeres!... Y lo único que no se acababa de explicar la muchacha, en medio de su candor de adolescente, casi recién salida del colegio, como aquel que dice, era el que los padres de su novio, de este Pólito tan rico y elegante, no viniera por su casa, en Madrid. ¿Por qué?...

Ya cerca de las dos, se marcharon los últimos convidados. Los cinco negros, contratados para el *jazz*, también se habían ido, y en el hotel sólo quedaban los criados, Enrique, ella y su madre.

—¿No te acuestas, pequeña?—la preguntó Leonor, que hablaba en voz baja con el ricacho en la terraza.

—Sí; voy a ir subiendo... Estoy deshecha. Y vosotros, ¿no os acostáis?... ¿No te acuestas, Enrique?... Así, tú, ¿te vas mañana, al fin?

—Mañana.

—¿Por qué no te quedas con nosotras otros pocos días?... ¿No te gusta esto?

—¡Y tanto!... Es que no puedo detenerme más.

—¿Verdad que mamá ha tenido mucho gusto al encargar este hotel?

—Mucho. ¡Es precioso! ¿Te gusta a tí?

—Con locura. Si mamá quisiera hacer otro por el estilo en Madrid... ¡no nos faltarían más que las perdices!...

—¡Ja, ja! Las perdices se compran en los Mostenses... Pero en Madrid tenéis el piso de vuestra casa espléndida, en la calle de Monte Esquinza... ¡Menudo sitio!...

—En mejor sitio vives tú, que vives en la calle del Cisne...

—¿Te gusta más?

—Sí. Y luego...

Leonor intervino, cortando la charla de los otros:

—Bueno, niña mía, a acostar, que son las tantas. Enrique también va a acostarse, y yo subiré en seguida.

Mercedes dió un beso a su madre, estrechó la mano de su amigo y se marchó.

Los criados, las muchachas, estaban ya acostados. Y en el hotelillo se respiraba un ambiente de calma infinita, de bienestar, de riqueza muy moderna y muy limpia, que trascendiera a rosas, a nardos, a las mil flores del jardín...

Mercedes no quiso encender la luz, y comenzó a desnudarse.

De pronto se estremeció.

Acababa de oír, subiendo de la terraza del parquecillo, la voz inconfundible de su madre, que decía:

—¡Cómo te quiero!... ¡Te quiero mucho por lo bueno que eres, por lo generoso que has sido conmigo!...

Y sonó un beso, un beso enorme, terrible, que hizo abrir mucho los ojos a Mercedes, al tiempo que sus manos se cruzaban...

Luego abatió la cabeza al pecho y quedó un instante anonadada.

Pero se rehizo pronto, y avanzó, mirando hacia abajo...

Entonces pudo descubrir las figuras enlazadas de su madre y de Enrique, junto a las escalinatas de mármol...

Retrocedió hacia su alcoba espléndida y se dejó caer en una butaca, con los ojos cerrados, las manos crispadas y una sensación de bochorno, de hundimiento, de catástrofe en lo mejor de su corazón.

¡Ah, comprendía, comprendía!... ¡Acababa de comprender, al fin, su verdadera situación, la verdadera situación de su madre en la vida!... ¿Cómo no se le había ocurrido antes esto?... Ella pensó siempre que ellas eran ricas... como era rica tanta gente, porque les hubieran dejado la riqueza sus abuelos, su familia... ¡Y ahora!... Recordó, con

un bochorno que la ahogaba, los atrevimientos de Pólito, que hasta ahora le habían aparecido dulces audacias de enamorado... ¿Es que su novio la trataba o intentaba tratarla a ella como... lo que ahora veía que era su madre?... Y entonces..., Enrique, el noble amigo, el hombre bondadoso que a ella se le aparecía algo así como un hermano..., ¿era el amante de su madre?... ¡Oh, qué horror! Y entonces también es que... su madre... ella, por ende... ¿eran unas... *mujeres malas*?...

El descubrimiento, la revelación, la dejó aniquilada. La cabeza, las manos, le ardían, y tuvo que arrastrarse hasta el lecho y arrojarse en él sin desnudarse. Todo el resto de la noche tiritó, con unos extraños escalofríos, incapaz de levantarse siquiera para cerrar los dos balcones... Y cuando a la madrugada entró su madre un instante, Mercedes se fingió dormida.

Cuando la despertaron entraba el sol por los balcones. Junto a su lecho estaban su madre y Enrique, éste con un traje claro y teniendo en la diestra los guantes de chofer... La muchacha oyó la voz del hombre odioso como un eco lejano:

—¡Vaya, adiós, chiquilla, hasta la vuelta! ¡Qué manera de dormir, hija mía!... Hace media hora que andamos por aquí tu madre y yo... ¡Dichosos quince años!...

Mercedes no contestó.

Había abierto los ojos y miraba al hombre con una especie de rencor, con el ceño fruncido...

Su madre intervino:

—¡Qué quince años..., si va a hacernos diecisiete! ¿Y cómo es que te has acostado vestida?... Anoche estuve yo aquí, a verte, y no me fijé, pues estabas tapada... ¿Qué tienes?...

—Nada—repuso la joven, haciendo un gran esfuerzo—. Me siento algo mal... Un poco de dolor de cabeza...

—¿Esas tenemos?—bromeó el maestro de obras, contento y satisfecho a reventar—. ¡Eso es mal de amores!... ¡Nada, Leonor, nada! Tiene usted que casarla pronto... ¡Adiós, Merceditas! ¿No quieres nada para Madrid?...

—Pero mujer, contesta... ¿Estás tonta?...

—Déjela usted, Leonor, déjela usted... ¡Sí, nada, lo que yo digo: mal de amores!... ¡Vaya, hasta la vuelta!... Yo vendré aún a hacerles a ustedes una visita antes de que marchen ustedes a San Sebastián... ¿Porque se decidirán a ir allá, verdad, Leonor?... ¡Ah, es lo que yo digo, San Sebastián no hay más que uno, y el que lo ha visto una vez!...

Se marchó, seguido de Leonor, diciendo todavía desde la puerta:

—Le daré recuerdos tuyos a la *Cibeles*, Merceditas. ¡Ja, ja!...

La joven oyó los pasos de los dos perderse a lo largo del hermoso pasillo y volvió a cerrar los ojos. Su pecho se dilató con un hondo suspiro, y se pasó una mano por la frente. ¡Qué vergüenza!...

Poco después se oyó el ruido de un auto que

partía del jardín, y la voz de su madre, tan dulce, tan cristalina, que murmuraba, en tierna despedida:

—¡Adiós, Enrique, adiós!...

Y casi en seguida la vió entrar de nuevo en la alcoba y sentarse a los pies de la cama.

—¿Qué tienes?—la preguntó, frunciendo un tanto el ceño.

—Nada—repuso Mercedes dura y brevemente.

—¿Cómo nada?... ¡Sí, algo te pasa, algo te ha ocurrido!... ¿Pólito?... ¿Es que has reñido con él?

—No.

—Entonces... Has de decirme lo que tienes. Porque algo te pasa, hija mía, y yo no quiero que tengas... ¿Qué es eso, chiquilla?...

Mercedes había roto a llorar, sentándose en la cama de un impulso y cubriéndose el rostro con un puñado de la sábana... Y su madre, alternativamente un tanto lívida o roja, porque adivinaba, presentía, mejor dicho, lo que significaba este llanto, la semiabrazó, al tiempo que comenzaba a hablar, febrilmente:

—¡Mercedes!... Pero... Mercedes, hija mía, ¿qué te pasa, a qué viene esto? ¡Habla!... ¿Por qué no me dices...? ¿Qué te ha ocurrido? ¿Qué te pasa?... ¿Te encuentras mal?... ¿Quieres que llamemos a un médico?...

Mercedes, de pronto, descubriendo su rostro bañado en lágrimas, repuso, a borbotones:

—¡Ay, mamá, mamá!... ¡Es horrible, horrible! ¡No, no me hagas que te diga!...

—No te comprendo, hija mía—dijo ahora Leonor en otro tono, levantándose.

Mercedes añadió:

—Es que..., ¡verás!... ¿Verdad que tú me quieres a mí mucho, mucho?

—Mucho, hija mía, sí; pero... ¿a qué viene esto?...

—Pues bien; si es verdad que me quieres, júrame ahora mismo que... nos iremos de esta casa, que dejaremos también la casa de Madrid. . y nos marcharemos al campo..., a un sitio donde nadie nos conozca..., y que venderemos los autos, y despediremos los criados..., y viviremos modestamente, trabajando yo en lo que sea... ¡Júramelo, mamá!...

Leonor, muy sorprendida, miraba a su hija como si se hubiera vuelto loca... Comprendía, iba comprendiendo, al fin... Y la sangre brava de esta mujer, sangre agresiva y terrible del pueblo, que había sabido salvarse de la nada y de la miseria con tanto heroismo y tanto dolor, comenzaba a hervirle en las venas.

Se encogió de hombros, por último, y exclamó:

—¡Estás loca, hija mía!...

—No, mamá... Yo sé lo que me digo..., yo sé lo que quiero...

—No te comprendo, la verdad—apremió Leonor, dispuesta a oír a su hija la cruel verdad de lo que ocurría.

Entonces Mercedes se decidió a hablar con toda claridad. Tragó saliva, se cubrió a medias el rostro con las manos y balbuceó:

—¡No, mamá, no!... ¡No me digas que no me comprendes!... ¡Yo no me pude nunca imaginar una cosa así!... ¡Júrame que nos marcharemos lejos, muy lejos!... Anoche..., ¿sabes?..., te he visto, en el jardín, con... con Enrique... ¡Y no quiero, no quiero!... ¡*Eso* sería superior a mis fuerzas!... ¡Me moriría, me mataría!... ¡No quiero, no podría transigir!... ¡No quiero que vuelvas a ver a Enrique... ni a ninguno! ¡Quiero que vivamos como mujeres honradas!...

Aquella última frase, aquellas dos palabras de *mujeres honradas,* despertó en el corazón de la mujer su odio de antigua cocota, de prostituta que tiene que vivir de su cuerpo, y gritó, fuera de sí:

—¡Cállate!... ¡No sabes lo que dices!... ¡Como *mujeres honradas!*... ¡Yo no lo soy, no lo he sido, es verdad; pero valgo más que todas ellas juntas!... ¿O qué?... ¿Te crees que una mujer honrada se habría sacrificado por una hija como yo lo he hecho por ti?... ¡Sí, soy una... *cocotte,* una mujer sin honra, una... *golfa* elegante, lo que quieras; pero ¿sabes una cosa? ¡Que si yo no fuera todo eso, si yo no lo hubiera sido, tú serías ahora cocinera, como yo lo fuí, y ganarías diez duros al mes, y tendrías que vestirte de percal, y

calzar alpargatas..., y tu ama te mandaría todos los días a *la Cebada* o a *los Mostenses* con una cesta al brazo! ¡Y pasarías catorce horas junto al fogón, asándote viva, o fregando los suelos..., y no podrías guardar en toda tu vida ni cinco duros, y morirías en un hospital ¿sabes?... ¡Ay, hija mía, cuando se es pobre hay que ingeniarse para salir de la miseria, y una mujer pobre, como yo lo fuí, no tiene más que un medio, uno solo, ¿lo oyes?, para no morir de hambre! ¡No tenemos más que nuestro cuerpo, nada más que nuestro cuerpo..., y aún tenemos que dar gracias a Dios de ser lindas!...

Se calló, sofocada, exaltada, golpeándose el pecho, el pecho blanco que se había puesto rojo de los golpes y de la vergüenza confesada... Y con los ojos encendidos, avanzando y retrocediendo desde el lecho al centro de la alcoba regia, elevando a momentos los brazos al cielo, como si quisiera poner a Dios por testigo de su caída y de su vileza, continuó, con un sarcasmo que le torcía su boca de coral:

—¡No somos *mujeres honradas*!... ¡Como si las mujeres honradas se abstuviesen!... ¡Ellas son las perdidas, ¿lo oyes?... Tienen dinero y, sin embargo, buscan amantes, por vicio, por vileza... Yo los busqué porque estaba acorralada por la vida, porque no me resignaba a ser una triste cocinera toda la vida y a casarme con un obrero que me llenara de hijos, que luego se llenarían de pio-



Leoner cubríase con una rica piel.

jos y andarían descalzos por las calles, vendiendo periódicos... ¡Ah, no!... ¡La miseria me da asco, asco! ¡Y toda mi vida no he tenido más pensamiento que libertarme y libertarte a ti de la miseria! ¡Y hoy eres rica, somos ricas; tú sabes que tenemos casas, fincas, títulos de renta, que son los mejores títulos! Y porque tu madre supo ascender de cocinera a millonaria, tú vives hoy en palacios, vestida de sedas y sin trabajar!...

Calló, ahogándose.

Mercedes ya no lloraba.

Veía a su madre a través de un prisma nuevo, enloquecida de desesperación..., y sentía deseos de pedir auxilio, de llorar a gritos, de echarse al suelo y revolcarse con el dolor bárbaro de las gitanas...

Entonces, Leonor, viendo a su hija anonadada, aplastada por sus palabras, por la revelación espantosa, abrió los brazos, sintiéndose penetrada de cariño, de compasión, de piedad... y abrazó a la muchacha con todas sus fuerzas.

Las dos lloraron juntas.

Luego, Leonor balbuceó:

—¡Ah, niña mía, hija querida..., si supieras el daño que me has hecho!...

Pero unos instantes después, la dueña de la casa, cuyas penas parecían resbalar sobre su alma brava, comenzó a serenarse.

Así era, y había que conformarse con la realidad. Por lo demás, la mujer sólo había tenido una

ilusión en su vida: evitar que su hija llevara la misma vida que ella había llevado...

—Tú, no, hija mía. Yo quiero que te cases honradamente, que fundes una familia... ¡Una familia!... Las gentes burguesas no saben que una familia es el complemento del lujo; tú podrás fundarla, porque eres rica, millonaria, y tus hijos, te cases con quien te cases, estarán vestidos de seda y los pasearás en automóvil, y podrás hacerles vivir en sitios como éste, donde no hay más que rosas, *villas* lindas y autos de lujo, joyas y mujeres hermosas, bien cuidadas... ¿Te crees que no?... Los ricos hasta pueden querer mejor, hasta quieren mejor, porque todo es dulce para ellos en la vida... ¡Y basta ya de gravedad, hija mía, que me parezco yo ahora una primera actriz al final del drama!... ¡Anda, dame otro beso, sécate esas lágrimas y baja a almorzar!

Y la hermosa mujer, repuesta ya de su fugaz tristeza, salió de la alcoba, dejando tras sí una estela de perfumes suntuosos...



EONOR!...

—¡Mande la señorita!

—Que haga usted el favor de no cantar más *El vagabundo*. ¡Que nos va a salir en la calavera!...

—¡Ja, ja!... ¡Qué graciosa es la señorita!... Si es que estuvimos ayer tarde viéndolo en el Cómico yo y unas amigas. ¡Me gustó más!...

—¡Ya, ya!... Pues haga usted el favor de callar un poco siquiera. ¿Lavó usted esa ropa?

—Ahora estoy con ella.

—Bueno, yo me voy. Cuando se despierte el niño, le da usted la papilla, y luego el lacteol. Y si viene el señorito antes que yo, le dice usted que voy de compras. ¡Vaya, adiós!

—Adiós, señorita. Buenas tardes.

Se recogió el mandil y salió hasta la puerta. Luego, cuando oyó perderse los pasos de... *la fiera*

aquella, escaleras abajo, cerró, y se quedó sonriendo en el pasillo.

—¡Anda, que como tuviérais dinero..., te birlaba el marido tan ricamente!—comentó, riendo, a media voz.

Se acercó al espejo del perchero y abrió más la ventana. Y quedóse contemplando su belleza de virgen, mientras se arreglaba las ondas de su pelo. ¡Oh, qué guapa era!...

Tenía quince años escasos y ya parecía una mujercita. Tan rubia, tan blanca, con las facciones tan inverosímilmente perfectas..., parecía arrancada de un cuadro de un pintor italiano del Renacimiento. No había hombre que la viera que no se sintiera fascinado, vencido, asombrado por su belleza. Parecía que los encantaba. Y ella, que lo sabía, porque era inteligente y astuta, y *profunda,* con una inteligencia sutil, «como si ya hubiera vivido otra existencia»..., se gozaba en marearlos, en atontarlos, mirándolos, moviéndose junto a ellos, haciendo que aspiraran el perfume irresistible de su carne joven y fresca, blanca y sana, que se abría en dulcísimas promesas, como la corola de una flor...

—Lo que es como venga pronto el señorito—monologó ahora—, vamos a divertirnos un rato, como la otra tarde... ¡Y cómo besa el ladrón!... ¡Y eso que su mujer, la perra esta que acaba de marcharse, es guapa! Pero... ¡ah! ¿Qué tendré yo?... ¡Leonorcita, como no te las arregles para llegar a

millonaria, te corto el cuello!... ¡Y arsa, amos a darle a la ropa otra vez! Y a cantar de nuevo *El vagabundo,* ahora que no está la fiera.

Ya iba a dirigirse de nuevo a la galería, cuando oyó pasos en la escalera, y en seguida el ruido del llavín. ¡El señorito!... Se echó más para adelante la blusa, para hacer más grande su escote, dejando casi al descubierto sus senos, ya muy grandes, firmes y duros como dos magnolias, y esperó, haciendo que limpiaba.

—¡A éste lo vuelvo loco!...

Entró el señorito. Era un hombre de treinta y cinco años, empleado en un Banco. Desde hacía dos o tres semanas, el hombre, seducido por las sonrisitas irresistibles de la *menegilda,* se había atrevido a cogerle una mano... Leonor la abandonó, muy segura de sí misma... Y luego, cuando estaba fregando, ya acostada «la señora», el hombre fué a la cocina, abrazó a Leonor y la besó largamente en la boca.

Ella le dejó hacer, y luego se limitó a decir, sonriendo, en voz de soplo:

—¡Por Dios, por Dios!... ¡Puede venir la señorita!...

Desde entonces el hombre la espiaba por las puertas... Y siempre que salía sola la señora, el marido volvía a casa con cualquier pretexto. Y ahora...

En cuanto entró se dirigió a ella:

—¿Y la señora?...

—Ha salido hace un rato. Dijo que iba de compras.

—¡Ah!...

Entonces, tras de colgar el sombrero, el dueño de la casa la siguió a la galería. Estaban las persianas y los visillos echados, contra el flamazo del sol del día veraniego, y el hombre comenzó por abrazarla y darle un beso en la nuca.

—¿Qué tienes, muchacha, que me vuelves loco?...

—Déjeme, señorito...

—No puedo, no podría... Te he llegado a querer..., te voy queriendo más que a todo en el mundo, más que a mi mujer y a todo... ¿Qué tienes tú?...

—¡Será la gracia de Dios!—bromeó ella.

—Sí, eso tiene que ser. ¡Ven que te bese!

Ella sonreía, mostrando dos filas de dientes como piñones. Tenía una sonrisa tan graciosa, tan picante, tan irresistiblemente femenina, que fascinaba, que turbaba... La besó una vez, dos, tres... en las mejillas, duras y turgentes, como melocotones sazonados, muy rojas, muy frescas, muy fragantes... Y luego, en los ojos azules, tan grandes y magníficos, y en la garganta... Después la sentó encima de él y la besaba en la boca, con un beso largo, largo, goloso..., mientras sus manos irreverentes buscaban las pomas de los senos por encima de la blusilla tenue de verano... Y por último, el hombre, cuando ella se le escurrió como un pez vivo, balbuceó, con el temblor del deseo:

—¡Ah, si tú fueras buena conmigo!... ¡Yo te daría..., te daría..., te daría!...

—¡A ver, a ver!...

—¡Mil pesetas!... ¿Quieres?...

—¡No!

—Yo no te propongo *nada malo*, conste, ¿eh? Yo soy un hombre de conciencia, que no querría cometer una mala acción contigo... Pero... si tú me dejaras que yo te bese como quiera..., que yo te tenga como si fueras una niña, en mis brazos... Como ayer...

—¿Ah, como ayer?...

—Sí.

—¡Ah, bueno, vengan, vengan las mil pesetas! ¡A lo mejor es verdad que tiene usted mil pesetas guardadas, señorito!...

El hombre salió, encendido. Fué al despacho, abrió un mueble y volvió con diez billetes de veinte duros, poniéndolos en manos de la virgen.

Luego comentó, mientras la besaba de nuevo, furiosamente:

—¡Yo no quiero tu mal!... ¿Lo sabes?... ¡Sé que sería una felonía!... ¡Tú eres una niña!... Pero... ¡ah, qué hermosa, qué hermosa eres, Dios mío!... ¡Déjame que te bese así!...

Así ganó Leonor, sin perder su virginidad siquiera, las primeras mil pesetas...

* * *

Desde aquella casa «de un empleadete», la muchacha había saltado a otra mejor.

Era un señor solo, cincuentón, menudo y bien conservado, que vivía en un piso espléndido, con una cocinera. La cocinera, conocida de Leonor, le había hablado «de la casa», y acabó por llevarla allí. Leonor ya sabía algo de la eminente ciencia de Angel Muro; pero en aquella casa iba a convertirse en una maestra en todos los sentidos...

El señor, *don Paco,* tenía una tienda de telas de las mejores de Madrid, y muchos negocios además. Se decía que era rico, muy rico. Leonor recordaba aún el efecto que le hizo «al señor» la primera noche que la viera, al volver de la tienda. La cocinera la presentó, con una larga sonrisa melosa, que explicó muchas cosas a la sutil chiquilla:

—¡*Aquí* es la nueva doncella, que ha venido esta tarde!... ¿Qué le parece a usted, don Paco?...

Y *don Paco,* que se sonaba plebeyamente en aquel instante las narices en el comedor, se quedó con el pañuelo en alto, mirando a la muchacha. No hablaba. La luz de la lámpara cortaba el rostro de rosa de la chica casi por encima mismo de la boca..., y creyó el tendero que la belleza enorme, inmensa, colosal que veían sus ojos en aquel rostro de leche y de jazmines, fuera una de esas perfecciones femeninas que mienten a veces las luces... Pero movió la lámpara, hizo que la luz hiriera de lleno el rostro de la chica, y se quedó

petrificado, boquiabierto. En seguida, su asombro y su entusiasmo de viejo verde se cambiaron en una serie de chistes y de frases gruesas que hicieron estallar en risotadas a las dos mujeres:

—¡Caramba..., re... coles!... ¡Recoles que si eres guapa!... ¿Y cómo te llamas tú, preciosura?

—¡Leonor!...

—¿Leonor?... ¡Pues te debieras llamar *Maravillas!*... ¡Caray, y qué ladrona! ¿Y de dónde eres?

—De Fontanar.

—¿De Fontanar?... ¿Dónde cae eso, hija mía? ¡Porque yo, por «la *Geografía* pasé de noche», como aquel del cuento!...

—Ahí; en Guadalajara.

—Así, ¿eres de la Alcarria?... ¡Digo!... ¡Pa que no seas dulce!... Y para que digan luego que si las mujeres de esas tierras... Pero, bueno, ¿te habrá dicho Petra las costumbres de la casa?...

—¿Cómo las costumbres?—inquirió la muchacha, que ya se esperaba algún chiste grueso de este vejete tan terne y tan simpático.

—¿Ya empieza usted?—medió la cocinera, que era, a todas luces, la amante de su amo—. ¡No le hagas caso, Leonorcita, que es un guason que ¡bueno!...

—¡Qué guasón ni qué ocho cuartos!... Yo le pregunto si le has dicho las costumbres de la casa... Porque aquí, ¿sabes?... ¡las criadas tienen que dormir conmigo!

—¡Ja, ja, ja!...

—Es una costumbre de toda la vida—siguió diciendo don Paco, riendo también, mientras Petra se ponía encarnada.

—¡Pues vaya una costumbre!—siguió la broma Leonor, eminentemente divertida. Y para demostrarle a su nuevo amo, al que ya sabía tan rico, que «ella también tomaba varas», añadió, por su cuenta—: ¡Si siquiera tuviese usted veinticinco años..., le diría como decimos en el pueblo a los chicos cuando nos piden relaciones...

—¡Que lo pensarías!—se le adelantó *don Paco,* a punto de estallar en una carcajada.

—... ¡Eso! *Lo pensaré...*

—¡Ven que te abrace, ladrona... ¿Pero tú ves, Petra, qué cosa más castiza?... ¡Si es una pimienta!... ¡Ay, hija mía, ésta te desbanca!... ¡Palabra!...

Ya lo creo que *desbancó* a Petra la chiquilla. Con la complicidad de Petra, desde luego, Leonor no tardó en entusiasmar al comerciante, que era muy alegre y vivo, y tenía el carácter dicharachero, comunicativo y cínico de un zorro viejo. Un mes después de estar en la casa ya bebía el vejete los vientos por ella. Incluso lo que *don Paco* no había hecho jamás, faltaba al escritorio y a la tienda y abandonaba sus negocios por estar en casa con la chiquilla o por llevarla de excursión a la Moncloa, al Retiro o a cualquier pueblecito de las afueras de Madrid... Claro está que no

salían juntos; pero se encontraban por ahí, convertida Leonor bien pronto en una verdadera señorita. Menos el sombrero, todo lo llevaba: buen traje, media de seda, un buen abrigo, guantes, piel. ¡Una señorita!... No hay que decir que casi todo ello se lo compraba *don Paco,* aunque también estaba *trabajando* la muchacha al tendero de la esquina, que se decía era un ricachón, viudo y sin hijos... Cuestión de ir viendo «donde la convenía caer»... Porque, eso sí: no estaba dispuesta Leonorcita a dar su cuerpo y su virginidad al primero que se presentara... Se la comía la ambición, el amor propio, la avaricia, la sed del oro... Y no pensaba coger el dinero «para tirarlo al día siguiente»... ¡Ah, no! Aquellas primeras mil pesetas que le puso en la mano... aquel *señorito primo,* las había metido en la Caja de Ahorros, abriendo una cartilla. Mandaba a su madre, además, diez, o doce, o veinte duros al mes, *según se daba,* y aun así, cada sábado llevaba a la Caja de Ahorros otro puñado de duros...

Se iba convirtiendo, no en una *golfa* declarada, puesto que no se había dado a ningún hombre todavía, sino en esa figura equívoca que tanto pulula por las grandes ciudades modernas y que el gran Marcel Prévost ha denominado *demi-vierge,* que fascina y enloquece a los hombres porque les ofrece el fruto agridulce, a medio hacer..., a medio sazonar.

Y cuando ya habían pasado cuatro o cinco me-

ses desde que entrara en la casa de *don Paco,* y tenía al comerciante medio loco, juzgó la muchacha llegado el momento oportuno para dar el gran salto hacia arriba, jugándose el pudor.

El viejo la perseguía incesantemente por la casa, ya hemos dicho que con la complicidad de Petra, que no se cansaba de repetirle a Leonor:

—¡No seas tonta, mujer, y *consiente,* que *don Paco* tiene mucha *mosca,* y se portaría muy bien contigo!... Lo tienes loco, ya lo sabes... Y el amo es un hombre muy generoso, de los que ya no quedan.

Pero Leonor hacía un mohín despectivo:

—¿Muy generoso, dices?... ¿Qué me daría? ¿Mil pesetas..., dos mil?... ¡Vaya una gracia!... Yo lo tengo bien pensado: el día que me lleve el diablo, que me lleve, no en coche, que ya pasaron aquellos tiempos, ni en un mal pesetero, sino en auto propio... Con que si quieres, se lo dices.

Se lo dijo ella misma. Una noche, en que don Paco la tenía sentada en sus rodillas y la besaba locamente, el hombre pidió, enloquecido:

—¡Mira, nena, si *tú quieres...,* estoy dispuesto a darte lo que me pidas!

—¿De verdad?...—repuso ella, esquivándose y poniéndose al otro lado de la mesa.

—De verdad. Mira, yo soy un hombre de palabra... Di tú lo que quieres.

—¡Uy, la palabra de los hombres!... ¡No me fío ni un pelo!... ¡Yo quiero obras!

—¿Obras?... ¿No te estoy dando, siempre que me los pides, y aun sin pedírmelos, veinte duros, treinta duros, cincuenta duros cada semana?...

—Sí; pero eso es una miseria. Además, ¿usted se cree que yo..., que si yo me decidiera a... pasar con usted una noche... ¡o quinientas!, le iba a pedir mil o dos mil duros?... ¡Ay, no, hijo mío!

—Bueno; ¡ya lo sé!... ¡Ya sé que tú vales un imperio; pero yo soy rico..., yo soy muy rico... ¡Di tú la cifra..., y yo te la entrego ahora mismo!

—¿Ahora mismo?

—Ahora mismo. ¡Así!

Hubo una pausa.

La muchacha había fruncido levemente el ceño y miraba a su amo con ojos fascinadores de tigresa. Estaba guapa como nunca. La avaricia, el deseo, la vergüenza, el temor... todas sus pasiones, en tumulto, daban a su rostro una expresión de maravillosa hermosura... Parecía una criatura de mármol, una chiquilla hecha de nieve, de corales, de pétalos de rosas, de jazmines... Y ella lo sabía... ¿Por qué no decidirse?... El mundo es de los audaces...

Y *soltó* la cifra, redonda, enorme, terrible, la cifra soñada, con la rabia, con la furia y al mismo tiempo con la audacia de un criminal que se decide a descargar el golpe que mate a su enemigo...:

—Me ha de dar usted... ¡¡veinte mil duros!!

Don Paco no contestó.

Leonor le vió cambiar un tanto de actitud, de la actitud, como ansiosa, con que esperaba sus palabras..., y hacer un leve movimiento, como de fuga, como de retroceso... Hasta hacía un segundo parecía que en cuanto ella pronunciase una sola palabra el hombre iba a salir disparado hacia el cercano despacho y a traer las manos llenas de billetes... Ahora, en cambio, vacilaba.

Leonor, con el despecho de su fracaso, de la evidencia de su venta, iba ya a erguirse, como una leona en celo..., iba a dar media vuelta y a marcharse cuando oyó al otro que decía, como un vencido:

—¡Bien; bueno... verás! ¡Te los daré!... ¡Caray con la niña pidiendo!... ¡No eres tú nadie, hija mía!... Ahora que... ¡no sé si los tendré aquí! ¡Son cien mil pesetas!

—En ese caso, lo dejaremos, hombre, no se apure.

Salió don Paco, y volvió, trayendo en las manos ochenta mil pesetas en billetes.

Aquella noche la pasó Leonor con su amo ya...

... ...

Fué una loca, una indescriptible carrera de triunfos y de satisfacciones la vida de Leonor desde entonces. Convertida en la amante del comerciante, se dedicó a ir poniendo en las cuentas que habíase abierto en varios Bancos todo el dinero que la daba su amante. Lo tenía loco; le había sorbido el seso hasta tal punto, que el pobre hombre declinaba



Se recreaba en sus nuevos vestidos.

rápidamente y había perdido en absoluto la voluntad, la iniciativa, el norte de su casa y de sus negocios. Murió año y medio después, dejando a la mujer casi toda su fortuna.

Leonor traspasó los negocios, vendió la tienda y siguió su carrera de triunfos y de escándalos... Por entonces ya había tenido a su hija «de extranjis», de un novio «al que ella quiso de *verdad*»... Pero el amor, el amor apasionado, exaltado, bello, que sienten las personas normales, la mayoría de las personas, no lo sentía esta mujer. Para ella, el amor era el arrechucho carnal, fugaz y frágil como un beso..., y la verdad, la única verdad de la vida, ir amontonando en los Bancos dinero y dinero, riqueza y riqueza, títulos acciones, obligaciones..., que la produjeran al final del trimestre pingües rentas. Y tener casas propias, que eran una fuente de billetes también, y luego, a base de un orden que la hacía aparecer tacaña en ocasiones, que *la había hecho aparecer,* mejor dicho, darse una vida de opulencia, de fausto, de placeres; pero todos y todo a base de salud, de orden, de bienestar...

Así había llegado a millonaria, saltando de unos brazos a otros; pero sabiendo escoger sus amantes con *un buen sentido,* con una astucia y una sutileza y una claridad de miras maravillosos... Y así había venido a *quedarse,* por ahora, con este Enrique singular, *el primer maestro de obras del mundo,* un antiguo albañil, a quien la suerte había soplado de un modo loco y que, en menos de quince años, había hecho una fortuna de veinte o treinta millones de pesetas... Tenía en Madrid cinco o seis casas, sin contar la que le había regalado a Leonor, hotel propio, autos, coches, caballos, fincas, cortijos.... Y decía, con mucha gracia, que tal como estaban las cosas en España no desesperaba de verse ministro y aun presidente del Consejo.





QUELLA misma mañana, en cuanto vino Pólito a la *villa Mercedes,* y aprovechando la ausencia de su hija, se encerró Leonor con el millonario en el despacho y le espetó:

—Oye, Pólito, tengo que hablarte de algo muy serio... ¿Tú estás hoy de humor?

—¿Cómo?... ¿Para ti?... ¡Sí, mujer!... ¡Yo tengo madera!... ¿De qué se trata?

—De mi pequeña.

—¿De Mercedes?

—Sí.

—Pues... tú me dirás. ¿Es grave? ¡Porque te veo con cara de suegra!...

—Es que estoy en carácter—repuso Leonor semisonriendo—. De eso te voy a hablar... Te lo advierto por si quieres ponerte en guardia...

—No, mujer... Di lo que quieras—murmuró ahora Pólito, ya muy serio.

—Bien; allá va. Pero te pido una cosa antes.

—¿Qué?

—Que me seas franco. Nada de mentiras. Es una cosa del mayor interés para mí y no quiero mentiras ni rodeos. ¡La verdad!

—Bien, mujer. Yo te diré la verdad, la verdad pura. Aunque sea por una vez..., como dijo el gitano.

—No. Sin bromas. ¿Tú quieres a mi hija?

—¡Qué pregunta! ¿Y para eso tanta gravedad? ¡Vaya una salida!

—No, hombre, no. Verás. Voy a explicarme. Yo necesito saberlo porque...

—¡Y tanto que lo sabes!... La quiero; la quiero mucho. Ninguna mujer del mundo me gusta tanto..., ya ves, ni tú.

—Deja bromas. Yo necesito saberlo porque esta mañana hemos tenido un disgusto terrible.

—¿Cómo?... ¿Quién?...

—Mi hija y yo.

—¿Que os habéis disgustado?... Pero... ¿cómo?... ¿Por qué?...

—¡Ah, no puedes figurarte!... Es una criatura. Un disgusto terrible, no creas. Es que anoche, después de marcharos vosotros, me vió besarme en el jardín con Enrique.

—¿A ti?...

—Sí.

—¿Y qué?

—Pues... ¡eso! Nada más, no vayas a creerte.

Pero... ¿quién iba a imaginarse que no lo supiera? ¡Esta mañana, cuando se ha marchado Enrique, no ha querido ni hablarle! Una escena. ¡Y conmigo luego!... ¡No quieras saber! En fin, ¿a qué voy a contarte? Llorando, medio loca, creyendo que tú ibas a dejarla *al enterarte de...* ¿Comprendes?...

—¿Cómo?... ¿Qué dices?... Pero... ¿es que ella, Merceditas, no estaba al cabo de la calle? —preguntó ahora Pólito en el colmo del asombro, mirando a Leonor fijamente, sin parpadear.

—¡No sabía nada!... ¡Ni una palabra!... Se creía que éramos marquesas o poco menos, y...

—¡Calla, por Dios!... ¡Bien me decía a mí Larita!...

—Es una criatura. Te vería en cueros a ti, por ejemplo, y no se le ocurriría más que decir, a lo mejor... que eras muy bien formado.

—¡Ja, ja!... ¡Has estado buena! ¡El colmo!

—Es una criatura, te digo. En fin, que hemos tenido un disgusto de aquellos. Se creía que Enrique era como un hermano nuestro, y que esta riqueza nos había llovido del cielo, y que el rey iba a ennoblecernos el día que menos lo pensáramos... Una novela, ¿sabes?

—¡Ya!...

—Pero tú me conoces bien, como yo a ti, como conozco a tus padres y a todo Madrid... Y por eso quiero hablarte y que me hables con franqueza. ¿Tú quieres a mi hija?

—¡Y dale, mujer! ¡A ti te consta!

—Pero, bueno; ¿la quieres porque te gusta, porque es un capricho pasajero..., o para casarte con ella?...

—Para lo que tú me mandes hacer.

—¡Líbreme Dios! Si no la quieres de verdad, yo soy la primera que te aconsejería que no te cases con ella. Y ya ves: yo estoy cierta de que mi hija te quiere. Pero si la quieres, os vamos a casar en seguida. ¿Hace?

—Hace, mujer. Yo no deseo otra cosa.

—Mira, piénsalo. Piensa en tu padre...

—¡Bah! Mi padre, con sus millones y su respetabilidad de banquero..., ¡ya sabes!... Ahora está liado con la *Triquitraque*, esa que hace furor en Molinero...

—Ya me lo habían dicho; pero eso no importa para que se oponga a que te cases con Mercedes.

—Peor para él. Tengo casi treinta años. Estaríamos buenos...

* * *

Un mes después se verificó la boda de Merceditas con Pólito, en efecto.

Había sido aquí mismo, en el hotel de Monte-Carlo, en la capillita particular, y a la ceremonia, contra lo que podía esperarse, asistió una selecta concurrencia...

Un auto soberbio se llevó poco después a los novios hacia París, como en los cuentos de muñecas...

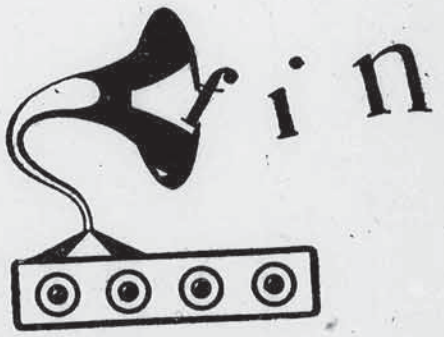
Y Leonor salió poco después en otro, con su amante de tanda, hacia San Sebastián y el Norte de España...

Corría, corría el auto soberbio a lo largo de la *Corniche* incomparable, acercándose a Niza...

Y en su interior, con una mano abandonada entre las de su amante, Leonor iba pensando, con una sonrisa de triunfo:

—¡Nueva rica..., rica nueva, como me dicen! ¡Pero yo me acuerdo de lo que decían en aquella comedia... que «para subir, cualquier escalón es bueno»...

Y sus ojos azules se posaban con delicia en aquel azul, no tan bello, del mar que cantaba también a sus pies...



EL TEATRO

OBRAS PUBLICADAS

1. *Lecciones de buen amor*, por Jacinto Benavente.
2. *Cobardías*, por Manuel Linares Rivas.
3. *La señorita está loca*, por Felipe Sassone.
4. *Encarna la Misterio*, por F. Luque y E. Calonge.
5. *La pluma verde*, por Muñoz Seca y Pérez Fernández.
6. *Madrigal*, por Gregorio Martínez Sierra.
7. *Un marido ideal*, por Oscar Wilde.
8. *¡Qué hombre tan simpático!*, por Arniches, Paso y Estremera.
9. *Febrerillo el loco*, por Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.
10. *Las canas de Don Juan*, por J. I. Luca de Tena.
11. *La garra*, por Manuel Linares Rivas.
12. *La noche clara*, por Alfonso Hernández-Catá.
13. *La virtud sospechosa* (extra.: 1 pta.), por Jacinto Benavente.
14. *Vidas rectas*, por Marcelino Domingo.
15. *El ardid*, por Pedro Muñoz Seca.
16. *La nave sin timón*, por Luis Fernández Ardavín.
17. *El marido de la estrella*, por Manuel Linares Rivas.
18. *La dama salvaje*, por Enrique Suárez de Deza.
19. *Los cómicos de la legua*, por Federico Oliver.
20. *Volver a vivir*, por Felipe Sassone.
21. *Madame Buterfly*, por V. Gabirondo y E. Endériz.
22. *Colonia de lilas*, por José Fernández del Villar.
23. *La locura de Don Juan*, por Carlos Arniches.
24. *La otra honra*, por Jacinto Benavente.
25. *Fantasmas*, por Manuel Linares Rivas.
26. *Rosa de Madrid*, por Luis Fernández Ardavín.
27. *Para hacerse amar locamente*, por G. Martínez Sierra.
28. *El conflicto de Mercedes*, por Pedro Muñoz Seca.
29. *La prisa*, por S. y J. Alvarez Quintero.
30. *La hija de Iorio*, por Gabriel D'Annunzio.
31. *La galana*, por Pilar Millán Astray.
32. *La malquerida*, por Jacinto Benavente.
33. *La española que fué más que reina*, por E. Contreras y Camargo y L. López de Sáa.
34. *A campo traviesa*, por Felipe Sassone.
35. *Vida y dulzura*, por Santiago Rusiñol y G. M. Sierra.
36. *Las lágrimas de la Trini*, por C. Arniches y J. Abati.
37. *Como buitres*, por Manuel Linares Rivas.
38. *La Prudencia*, por José Fernández del Villar.
39. *El pan de cada día*, por Marcelino Domingo.
40. *Madame Pepita*, por Gregorio Martínez Sierra.
41. *Don Juan, buena persona*, por S. y J. Alvarez Quintero.
42. *El pueblo dormido*, por Federico Oliver.
43. *Señora ama*, por Jacinto Benavente.
44. *El secreto de Lucrecia*, por Pedro Muñoz Seca.
45. *La fuerza del mal*, por Manuel Linares Rivas.
46. *El bandido de la sierra*, por Luis Fernández Ardavín.
47. *La intrusa*, por Mauricio Maeterlinck.
48. *No te ofendas, Beatriz*, por C. Arniches y J. Abati.
49. *Los Leales*, por S. y J. Alvarez Quintero.
50. *El collar de estrellas*, por Jacinto Benavente.
51. *El llanto*, por Pedro Muñoz Seca.
52. *Una mujer sin importancia*, por Oscar Wilde.
53. *Los intereses creados* y *La ciudad alegre y confiada* (extra.: 1 pta.), por Jacinto Benavente.
54. *Alfilerazos*, por Jacinto Benavente.
55. *La raza*, por Manuel Linares Rivas.
56. *Rosas de otoño* y *La honra de los hombres* (extra.: 60 céntimos), por Jacinto Benavente.
57. *La noche del sábado* y *La ley de los hijos* (extra.: 60 céntimos), por Jacinto Benavente.
58. *La comida de las fieras* y *Los malhechores del bien* (extra.: 60 cts.), por Jacinto Benavente.
59. *Juventud, divino tesoro*, por G. Martínez Sierra.
60. *Mimí Valdés*, por José Fernández del Villar.
61. *El azar*, por Federico Oliver.
62. *El ilustre huésped*, por S y J. Alvarez Quintero.
63. *Las hijas del rey Lear*, por Pedro Muñoz Seca.
64. *Manolito Pamplinas*, por José María Granada.
65. *... Y después?*, por Felipe Sassone.
66. *No hay burlas con el amor*, por Alfredo de Musset.
67. *Los nuevos yernos*, por Jacinto Benavente.
68. *Lo que ellas quieren*, por Federico Oliver.
69. *El último mono*, por Carlos Arniches.
70. *Como hormigas*, por Manuel Linares Rivas.
71. *La condesa María*, por J. Ignacio Luca de Tena.
72. *Los sabios*, por Pedro Muñoz Seca.
73. *La jaca torda*, por José Mayral.
74. *¡Mecachis, qué guapo soy!*, por Carlos Arniches.
75. *Lirio entre espinas*, por Gregorio Martínez Sierra.
76. *Poca cosa es un hombre*, por P. Muñoz Seca y R. López de Haro.
77. *Por las nubes*, por Jacinto Benavente.
78. *Son mis amores reales*, por Joaquín Dicenta (hijo).
79. *Divino tesoro*, por Juan Ignacio Luca de Tena.
80. *La dama del armiño*, por Luis Fernández Ardavín.
81. *Lo que se llevan las horas*, por Felipe Sassone.
82. *«En Aragón hi nacio»*, por Arniches y García Marín.
83. *La mala ley* y *Primero, vivir* (extra.: 1 pta.), por M. Linares Rivas.
84. *La hija de la Dolores*, por Luis Fernández Ardavín.
85. *María Fernández*, por Pedro M. Seca y P. P. Fernández.
86. *Todo tu amor, o Si no es verdad, debiera serlo*, por Felipe Sassone.
87. *Buena gente*, por Santiago Rusiñol y G. Martínez Sierra.
88. *La mujer que necesito*, por E. Thuillier y S. L. de la Hera.
89. *Lo cursi*, por Jacinto Benavente.
90. *La cantaora del puerto*, por Luis Fernández Ardavín.
91. *Fuensanta la del cortijo*, por Enrique de Alvear.
92. *Anita la Risueña*, por Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.
93. *La neña*, por Federico Oliver.
94. *El día menos pensado*, por Antonio Estremera.
95. *Bartolo tiene una flauta*, por Muñoz Seca y P. Fernández.
96. *Santa Isabel de Ceres*, por Alfonso Vidal y Planas.
97. *Doña Desdenes*, por Manuel Linares Rivas.
98. *Hamlet*, por Shakespeare.
99. *La propia estimación*, por Jacinto Benavente.
100. *La venganza de la Petra o Donde las dan las toman*, por Carlos Arniches.
101. *El doncel romántico*, por Luis Fernández Ardavín.

102. *La buena suerte*, por Pedro Muñoz Seca.
103. *Pimienta*, por José Fernández del Villar.
104. *Amanecer*, por Gregorio Martínez Sierra.
105. *Yo, tú, él... y el otro...* y *Noche de amor*, por Felipe Sassone.
106. *El carro de la alegría*, por A. Valero Martín y E. Carrère.
107. *En cuerpo y alma*, por Manuel Linares Rivas.
108. *El huésped del Sevillano*, por Enrique Reoyo y Juan Ignacio Luca de Tena.
109. *Campo de armiño*, por Jacinto Benavente.
110. *Dios dirá*, por Joaquín y Serafín Alvarez Quintero.
111. *La juerga*, por Federico Oliver.
112. *La novela de Rosario*, por Pedro Muñoz Seca.
113. *Juan de Mañara*, por Manuel y Antonio Machado.
114. *A martillazos*, por Manuel Linares Rivas y E. Méndez de la Torre.
115. *El hijo de Polichinela*, por Jacinto Benavente.
116. *¡Calla corazón!*, por Felipe Sassone.
117. *Mamá*, por Gregorio Martínez Sierra.
118. *El astrólogo fingido*, por P. Calderón de la Barca.
119. *Las zarzas del camino*, por Manuel Linares Rivas.
120. *La niña de los sueños*, por José María Granada.
121. *La mariposa que voló sobre el mar* (extra.: 1 pta.), por Jacinto Benavente.
122. *Flores y Blancaflor*, por Luis Fernández Ardavín.
123. *La virgen del infierno*, por Alfonso Vidal y Planas.
124. *El señor Adrián el primo o Qué malo es ser bueno* (extra.: 1 pta.), por C. Arniches.
125. *Dale un beso a papá*, por Antonio Suárez.
126. *Solera fina*, por J. Abati y J. Fajardo.
127. *El coloso de arcilla*, por Luis Araquistain.
128. *Contra genio, corazón*, por Luis Uriarte.
129. *La Lola* (extra.: 60 cts.), por P. Muñoz Seca y P. Pérez Fernández.
130. *Paloma*, por Felipe Sassone.
131. *El doctor Frégoli*, por Erzcinoff, versión de «Azorín».
132. *Catalina María Márquez*, por Francisco de Viú.
133. *Un caballero español* (extra.: 1 pta.), por L. Manzano y M. de Góngora.
134. *Los hijos de trapo*, por Emilio Méndez de la Torre.
135. *El caballero Lobo*, por Manuel Linares Rivas.
136. *La eterna invitada*, por J. I. Luca de Tena y M. de la Cuesta.
137. *Brandy, mucho brandy*, por «Azorín».
138. *El juramento de la Primorosa*, por Pilar Millán Astray.
139. *La muerte del dragón*, por Pedro Muñoz Seca.
140. *La boda de Quinita Flores*, por S. y J. Alvarez Quintero.
141. *Contrabandista valiente*, por Joaquín Dicenta (hijo).
142. *No tengo nada que hacer*, por Felipe Sassone.
143. *Los marineros*, por Enrique Suárez de Deza.
144. *Aire de fuera*, por Manuel Linares Rivas.
145. *Sinrazón*, por Ignacio Sánchez Mejías.
146. *La protegida*, por Manuel Fontdevila.
147. *Maitena*, por Etienne Decrept.
148. *Old Spain*, por «Azorín».
149. *El príncipe de Dinamarca* (versión libérrima de *Hamlet*), por Fernando de la Milla.
150. *La chica del Citroën*, por E. Suárez de Deza.
151. *Como Dios nos hizo*, por Manuel Linares Rivas.
152. *La vida sigue*, por Felipe Sassone.
153. *La tonta del bote*, por Pilar Millán Astray.
154. *Cabrita que tira al monte*, por S. y J. Alvarez Quintero.
155. *Los gorriones del Prado*, por Alfonso Vidal y Planas.
156. *La ilustre fregona*, por Diego San José.
157. *Comedia del arte*, por «Azorín».
158. *Frente a la vida*, por M. Linares Rivas.
159. *Los Cuatro Caminos*, por A. Custodio.
160. *Los salvajes*, por Alberto Ghiraldo.
161. *Los pastores*, por Gregorio Martínez Sierra.
162. *El chico de las Peñuelas*, por C. Arniches.
163. *Martierra*, por A. Hernández-Catá.
164. *El cuarto creciente* y *El señor Sócrates*, por M. Linares Rivas.
165. *Los que no perdonan*, por Eusebio Gorbea.
166. *El Clamor*, por P. Muñoz Seca y «Azorín».
167. *Don Luis Mejía*, por E. Marquina y Hernández-Catá.
168. *¡Sí, señor, se casa la niña!*, por Felipe Sassone.
169. *Te quiero, te adoro*, por E. Suárez de Deza.
170. *El rodeo*, por Luis Araquistain.
171. *Lo invisible*, por «Azorín».
172. *El nido ajeno*, por Jacinto Benavente.
173. *Cándida*, por G. Bernard Shaw.
174. *Tigre Juan*, por Julio de Hoyos.
175. *Gente conocida* y *El hombrecito* (extra.: 1 pta.), por Jacinto Benavente.
176. *Boy*, por Manuel Linares Rivas.
177. *«Parodi y Compañía»*, por Sabatino López.
178. *El fenómeno*, por José L. Mayral y J. Silva Aramburu.
179. *La pícara molinera*, por Asenjo y Torres del Alamo.
180. *Don Juan de Carillana*, por Jacinto Grau.
181. *La Meiga*, por F. Romero y G. F. Shaw.
182. *De la noche a la mañana*, por E. Ugarte Pagés y J. López Rubio.
183. *Pepita Jiménez*, por C. Rivas Cherif.
184. *El Conde de Valmoreda*, por M. Linares Rivas.
185. *El mal que nos hacen*, por Jacinto Benavente.
186. *Las hogueras de San Juan*, por J. I. Luca de Tena.
187. *La estrella de Don Benito*, por J. Téllez Moreno.
188. *La copla andaluza*, por A. Quintero y P. Guillén.
189. *La espuma del champagne*, por M. Linares Rivas.
190. *Las Verónicas*, por Muñoz Seca y Pérez Fernández.
191. *Nobleza baturra*, por Joaquín Dicenta (hijo).
192. *En Flandes se ha puesto el sol*, por E. Marquina.
193. *Hidalgo, Hermanos y Compañía*, por Felipe Sassone.
194. *El mismo amor*, por Manuel Linares Rivas.
195. *El marido de la señorita*, por Drégely Gábor.
196. *Ternura*, por Henri Bataille.
197. *Más allá de la muerte*, por Jacinto Benavente.
198. *El hombre que vendió la vergüenza*, por J. R. de la Peña y A. Lapena.
199. *El alcázar de las perlas*, por Francisco Villaespesa.
200. *La ermita, la fuente y el río* (extra.: 1 pta.), por Eduardo Marquina.
201. *Cuando ellas quieren* y *Cada uno a lo suyo*, por Manuel Linares Rivas.
202. *El mundo es un pañuelo*, por S. y J. Alvarez Quintero.
203. *El juicio de Mary Dugan*, por Bayard Veiller.
204. *Los cachorros*, por Jacinto Benavente.
205. *El caballero Varona*, por Jacinto Grau.
206. *El vaticinio o S. S. S.*, por Pedro Muñoz Seca.
207. *Bolívar*, por Francisco Villaespesa.
208. *Camino adelante*, por M. Linares Rivas.